

Históricas Digital

Carlos Bosch García

“Litoral y navegación, ataques y defensa”

p. 167-208

México frente al mar. El conflicto histórico entre la novedad marinera y la tradición terrestre

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México/
Coordinación de Humanidades/Instituto
de Investigaciones Históricas

1981

476 p.

ISBN 968-58-0083-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/180/mexico-mar.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO IV

LITORAL Y NAVEGACIÓN, ATAQUES Y DEFENSA

1. La razón y la importancia de la piratería
2. Los ataques ingleses
3. Los ataques holandeses y franceses
4. Los “privateers”
5. La contraofensiva en el mar
6. La recia persecución por Eraso
7. La lucha
8. La defensa de la Nueva España
9. El acomodo de Veracruz
10. La reforma de la defensa
11. Las presiones de la política europea en la defensa de la Nueva España
12. La nueva teoría defensiva: líneas elásticas
13. Conclusión



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



1. *La razón y la importancia de la piratería*

Asentado el imperio español en el continente americano, puede decirse que gozó de tranquilidad durante la primera mitad del siglo XVI. Sin embargo, muy pronto, las grandes naciones de la época, Francia, Inglaterra y Holanda se desprendieron en pos de productos característicos de América para usarlos en el comercio y también buscaron la manera de hostilizar a su enemiga España. Esa hostilidad se originaba y acrecentaba haciendo aparte las razones económicas, en la pérdida del monopolio religioso habido por la Iglesia católica. El origen de todo ello fue la reforma iniciada por el fraile agustino Martín Lutero, quien se levantó en contra de la bula de indulgencias del papa León X. Ese motivo, más los abusos que con las indulgencias se cometían en Alemania, provocó que Lutero publicara en la iglesia de Wittenberg noventa y cinco tesis. Estas fueron convertidas en el núcleo de la reforma, pues una de entre ellas afirmaba que “todo verdadero cristiano, vivo o muerto, tiene derecho a todos los bienes de Cristo y de la Iglesia por don de Dios y sin carta de indulgencia”.

Por su enfrentamiento con la iglesia romana Lutero fue amenazado de excomunión, y la mitad de Alemania concordó con él. El cisma se difundió muy pronto a Suiza, Francia, Países Bajos e Inglaterra y se adoptaron ritos y modalidades específicas en cada caso.

A medida que cambiaron los ritos de los pueblos europeos, sus reyes lo hicieron con ellos y se profundizaron rivalidades políticas entre las naciones.

El estado español, defensor del catolicismo, se enfrentó a los estados protestantes y ayudó, cuando le fue posible, a someter a los reformistas, como lo hicieron en Francia. Los temas religiosos se entrelazaron también con los políticos y económicos y ello dio una complejidad histórica profunda a la época, que se llenó de guerras, relacionadas con los movimientos expansivos habidos en Italia, Francia y España.

Carlos V se enfrentó con el francés Francisco I por causa de los estados italianos, recibidos por el español desde la Edad Media, y porque Francisco pretendió extenderse a Navarra. Felipe II guerreó con Enrique II de Francia y con el papa Paulo IV que, aliados, pretendieron el retiro español de los reinos de Italia.

La paz de Cateau-Cambresis (1559), que tuvo lugar después de batallas importantes, trajo la tranquilidad entre españoles y franceses y la alianza entre Felipe II y Enrique II para, juntos, luchar en Francia y en Flandes contra el calvinismo que disputaba el gobierno a los católicos. La política de Felipe II contra los protestantes de los Países Bajos motivó protestas y también violencias contra las fuerzas españolas. A



Bahía de Puerto Marqués, Gro. Fot. C. B. G.

pesar de la regencia de Margarita y de las represiones del duque de Alba, se abrió la guerra prácticamente civil, pues en ella colaboraron los católicos locales e intervinieron el príncipe de Orange y su hermano Luis de Nassau contra Juan de Austria y Alejandro Farnesio, envolviendo de paso tanto a Francia como a Inglaterra. La guerra no terminó hasta que, en 1597, Felipe II reconoció la independencia de las provincias del norte (Holanda), dirigidas por Mauricio de Nassau, que quedaron separadas de las católicas del sur (Bélgica).

En Inglaterra, el cisma con Roma se originó en la época de Enrique VIII y sus relaciones con España se dificultaron hasta que Isabel I se convirtió en la enemiga más violenta de los españoles pues, además de contribuir a la piratería inglesa, ayudó al desarrollo del protestantismo en Holanda y en Francia. Los embajadores españoles tuvieron que ser expulsados de Inglaterra acusados de conspirar contra el protestantismo, mientras los piratas ingleses se ocuparon de depredar el imperio español y de destruir sus líneas de comunicación naval. Felipe II intentó detener los impulsos de Isabel invadiendo su país con la llamada Armada Invencible, compuesta de 131 buques, 7000 marineros, 17 000 soldados y 1300 oficiales, mandados por el duque de Medina Sidonia, quien zarpó de Lisboa en 1588. Además de las tormentas, dos ataques dirigidos por el almirante Howard y por el ex pirata Sir Francis Drake, derrotaron a la escuadra de Felipe.

La política externa europea y la consecuente presencia de los piratas en los océanos colindantes con la Nueva España rompieron la tranquilidad del continente americano, convertido en objetivo, y hubo que pensar, en serio, en la defensa de la Nueva España. Los ataques contra ella unas veces llegaron y otras no, y de pronto se presentaron en regiones por donde no se esperaban.

La importancia de los puertos, de las líneas de navegación, que desde muy pronto se establecieron, y del contenido del comercio produjo la aparición de la piratería que quedó en el recuerdo de todos los pueblos americanos costeros atacados por bucaneros. Así por ejemplo, se atemoriza a los niños con que llega el “Draque”, —o “Dragón”— después que destruyó Panamá la vieja, o se habla del viento “Corumel” de California, y se nombra la playa “Pichilingue” cercana a Acapulco y, por todas partes, se refieren a los tesoros escondidos por los piratas. Pero existe también un cañón inglés marcado con la corona de Eduardo el Confesor.¹

Aparte de la codicia, o la envidia de otras coronas europeas, hubo razones históricas para la aparición de la piratería, que se hizo presente a principios del siglo XVI; como es lógico, tuvo mayor intensidad en el océano Atlántico que en el Pacífico, pero afectó a los dos mares. El enriquecimiento de España por la conquista americana fue razón principal para ello, además del monopolio de comercio que se estableció.

Los corsarios franceses, ayudados por su rey Francisco I, se ocuparon de inmediato en asaltar los buques cargados de metales y productos americanos para desviarlos a Francia. Los reyes de aquellas naciones que no participaron en el reparto del mundo americano, trataron de compensar así su exclusión y de esa manera pronto aparecieron en los mares, además de los franceses, los ingleses y los holandeses protegidos por sus propios reyes; pero también lo hicieron simples aventureros de diversas nacionalidades que por cuenta propia, se enriquecieron con sus presas en los océanos.²

Los ataques fueron cada vez más serios. Para protegerse, España ordenó que no se saliera en viaje al nuevo continente de no formarse grupos de por lo menos seis barcos. En 1552, como el problema arreció en intensidad, además de ir en flota, las naves debían artillarse de acuerdo con sus características viajando todas juntas hasta la isla Española y, desde allí, tomarían las rutas designadas según su punto de destino.³

En la primera mitad del siglo XVI las guerras entre España, Francia y Holanda incrementaron la acción de la piratería. Apoyándose en el estado de guerra acometieron esos países contra naves y ciudades españolas en América. Los ataques,

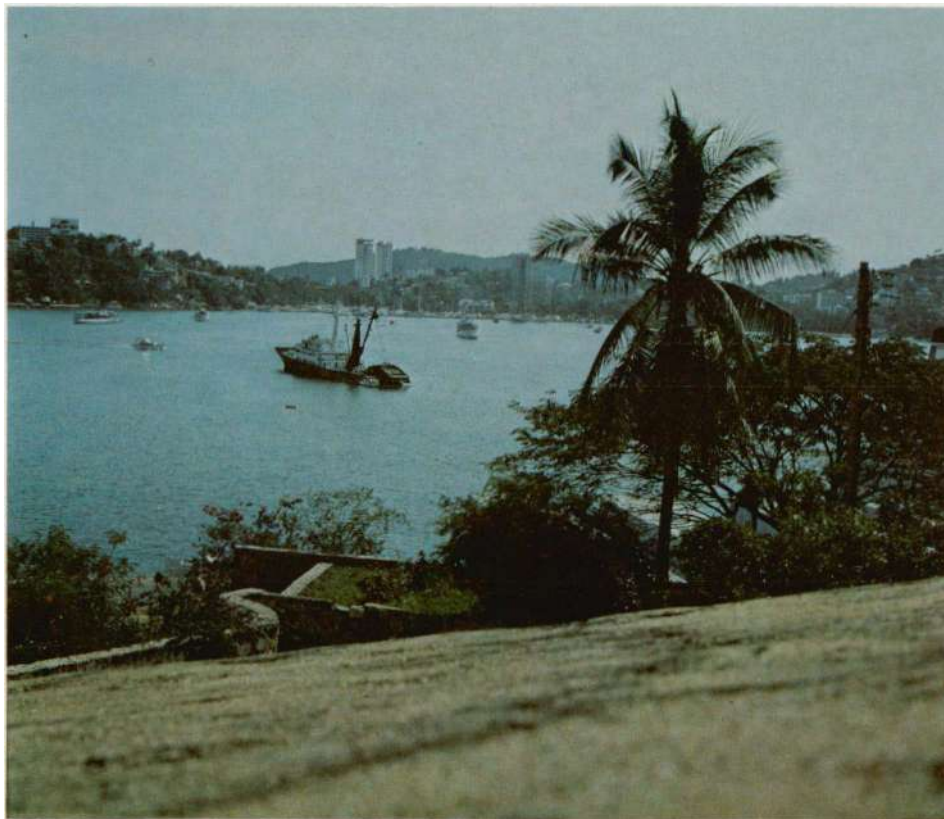


Bocana de la Bahía de Acapulco.
Fot. C. B. G.

1 M. Martínez del Río, “La piratería en el Pacífico”, *Artes de México*, núm. 143, p. 55.

2 Raciél García, *Biografía*. . . , p. 63.

3 *Idem*.



Al fondo el surgidero de Acapulco. Fot. C. B. G.

además del resultado positivo que arrojaba fortunas en forma de botín, tenían el propósito de debilitar al enemigo y atacarlo en todos sus frentes.⁴

En los primeros años del siglo xvi hubo ataques que no afectaron directamente al continente americano, si bien interrumpieron a lo largo de las costas atlánticas la comunicación con América. Aparte del atractivo del asalto y del robo, las naciones de Europa y sus coronas tuvieron la preocupación de alcanzar el Lejano Oriente y volvieron a plantearse las dudas habidas por los navegantes españoles con anterioridad. En consecuencia, desde 1540, los marinos ingleses propusieron a Enrique VIII aventurarse en el océano Pacífico, deseo que lograron sólo en 1578.

⁴ *Ibidem*, p. 64.



Puente levadizo del fuerte de San Diego en Acapulco, Fot. C. B. G.

2. *Los ataques ingleses*

El famoso Sir Francis Drake, con su no menos famoso buque Golden Hind, y con la aprobación de la reina Isabel I de Inglaterra, que le concedió patente de corso, se aventuró en un viaje que le ocupó tres años durante los cuales incursionó en el Caribe y en el Golfo de México. Navegó por el estrecho de Magallanes y atacó en el Perú la nave Cacafuego que iba cargada de cuerdas y provisiones, esperadas por el galeón de las Filipinas para partir de Acapulco. El segundo ataque lo lanzó en contra de la nave Nuestra Señora de la Concepción, que viajaba costa abajo, en su ruta desde Acapulco a Panamá, llevando un cargamento procedente de lo desembarcado en Acapulco por la nao. De este barco, Drake tomó cartas de navegación, lino, finos platos de tierra blanca traídos de China y sedas, además de un halcón de oro y una gran esmeralda que llevaba uno de los pasajeros. El Golden Hind, en la necesidad de aprovisionarse, atracó en la bahía de Guatulco en la costa de Oaxaca.⁵ De ese puerto

⁵ M. Martínez del Río, *op. cit.*, p. 56.



Entrada al fuerte de San Diego. Fot. C.B.G.





corrió la voz de que venía el “Draque” hacia Acapulco, donde el galeón se preparaba para su próxima salida. Para protegerlo, por orden del virrey Martín Enríquez de Almanza, se enviaron doscientos soldados en su persecución, que nunca lo apresaron. El pirata pasó de largo la bahía de Acapulco y navegó hacia las Molucas.

El botín tomado por Francis Drake fue reclamado, inútilmente, por el embajador español en Inglaterra Bernardino de Mendoza. Propiamente hablando, este pirata nunca atacó al galeón.⁶

Antes de Francis Drake, el 15 de septiembre de 1568, John Hawkins, con su flota de siete naves bien artilladas, se apoderó de la isla de San Juan de Ulúa y amenazó al puerto de Veracruz. En tal actitud permaneció varios días, hasta que fue expulsado por el virrey Martín Enríquez de Almanza. La lucha entre ellos no fue sencilla pues las tropas de Enríquez apresaron a David Alexander con algunos de sus compañeros en el asalto que los piratas hicieron contra San Juan. Alexander formaba parte de la tripulación de la nave *Minion*, que era la viceinsignia de la flota pirata. De sus compañeros apresados, Williams Collins era nativo de Oxford y marinero de la propia nave almirante. *Jesus of Lubek* era otra de las naves que llevaban, y el último, al ser todos juzgados como luteranos por la Inquisición, fue condenado a diez años de servicio en la galeras de España.⁷ Hawkins, o “Aquines”, como se le llamó en la costa, también perdió marineros al atacar Tampico, los cuales en la misma forma fueron juzgados por la Inquisición.⁸ (Resulta curiosa la vuelta jurídica que se dio para enjuiciar a los piratas: por corsos, eran apátridas y no podían ser perseguidos como ingleses; en cambio, resultaba fácil enjuiciarlos por herejes o por protestantes.) Finalmente, en otro viaje el navío de Hawkins terminó siendo apresado por las fuerzas españolas en las costas de Perú.

Las actividades piratas continuaron llevándose a cabo en alta mar donde se desarrolló su técnica de ataque contra los navíos. Hasta 1571 no volvieron a atacar ciudades y ello sucedió cuando varios corsarios franceses desembarcaron en Sisal saqueando, e incendiando la ciudad de pués. Lo mismo hicieron en otro poblado yucateco llamado Hunucma. Entusiasmados, cayeron después sobre Cozumel pero ahí fueron expulsados por la población, hacia el mar.⁹ Tampoco fueron esas expediciones fáciles y sin riesgo, pues Pierre Sanfroy, francés de San Vigor, junto con otros de sus compañeros y compatriotas, fueron apresados y entregados al tribunal del Santo Oficio que los acusó de luteranos y de “no guardar ayunos ni viglias”.¹⁰

En el Pacífico los ingleses lograron apoderarse de cuatro de los galeones de la China. En 1587 el galeón *Santa Ana* cayó en manos del pirata Thomas Cavendish, un

6 *Idem*.

7 Raciol García, *op. cit.*, p. 63, 66.

8 M. Martínez del Río, *op. cit.*, p. 57.

9 Raciol García, *op. cit.*, p. 67.

10 *Ibidem*, p. 66.



Foso y torreón de la muralla de San Diego. Fot. C. B. G.



joven de 22 años, de la corte de Isabel I, quien, alucinado por las aventuras que se oían sobre Drake, decidió lanzarse a las aguas oceánicas para seguir su ejemplo. La reina alentó al joven, así como a todos los dueños de barcos adecuados para la piratería, porque ella recibía una proporción del botín que recogían a los enemigos de su corona. Cavendish empeñó una parte y vendió la otra de sus tierras, pidió ayuda a sus amigos y logró acondicionar tres barcos pequeños. Con ellos siguió la ruta de Drake, entró en el Pacífico por el estrecho magallánico para recorrer la costa americana, atacando naves y poblaciones para capturar tesoros. Su mayor hazaña fue la de capturar el galeón de Filipinas Santa Ana cuando se encontraba frente al cabo San Lucas, donde quemó la nave, que no tenía cañones, y su tripulación —encabezada por Sebastián Vizcaíno, que apagó el fuego y llegó hasta Acapulco— se defendió malamente con lanzas, jabalinas y piedras. Ese ataque produjo un botín de ciento veintidós mil pesos oro, sedas, damascos, perlas, vituallas y demás que sumaron en total dos millones de pesos. El pirata, terminada su hazaña, se hizo a la mar con las velas desplegadas, para entrar al puerto de Plymouth habiéndolas sustituido por finos paños de damasco azul, que izó en señal de triunfo.¹¹

Algunos de estos piratas fueron distinguidos por el servicio que prestaron a su patria; aparte del significado que para sus países tuviera detener las naves ajenas o atacar puertos, algunos de ellos alcanzaron actividades específicas, de importancia capital como partícipes de las marinas nacionales. Así por ejemplo, sucedió en el caso de Sir Francis Drake, quien, reconocido por su valor, fue parte responsable de la derrota que Inglaterra impuso a la invencible armada, que Felipe II mandó en su contra en el año de 1588.

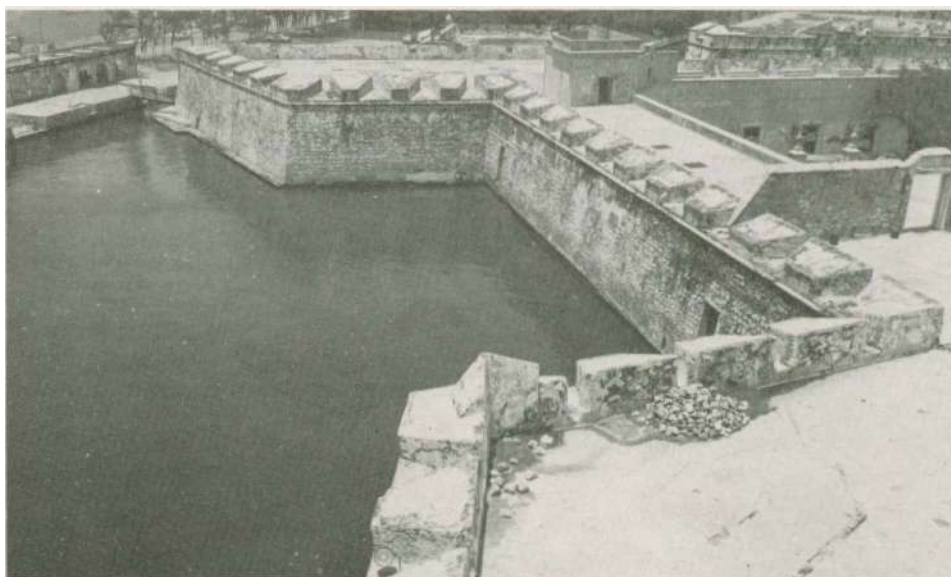
También cargaron los ingleses contra Campeche y Tabasco que fueron de las zonas más castigadas por ellos. Allí tomaron la isla de Txis (Carmen) donde permanecieron años hasta que Juan de Amestry, comandante de las milicias de Tabasco, logró desalojarlos con posterioridad.¹²

3. *Los ataques holandeses y franceses*

A partir de 1597 y después de los ingleses, los más temidos fueron los holandeses, cuyas actividades principales se dirigieron a romper las líneas de comunicación entre la Nueva España y la China. El primer intento que para ello hicieron tuvo lugar en 1597. Oliver Van Noort fue el atacante y contaba con cuatro barcos y doscientos

11 M. Martínez del Río, *op. cit.*, p. 143; Raciél, *op. cit.*, p. 57 y 64.

12 Raciél García, *op. cit.*, 64.



Murallas, torres y paso de ronda de San Juan de Ulúa. Fot. P. R. R.

cuarenta y ocho hombres. Llegó hasta Valparaíso, donde perdió dos naves y llegó a las Filipinas en 1600; allí estuvo en acecho del galeón Santo Tomás, al que esperaba llegara de la Nueva España con un cargamento de oro y plata. Antonio de Morga, miembro de la Audiencia, se defendió y Van Noort fue derrotado de manera que él y su tripulación fueron condenados al garrote.¹³

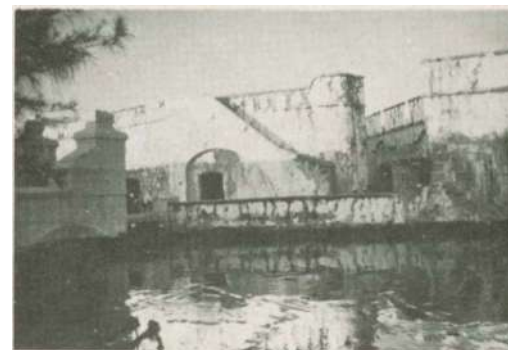
Al año siguiente atacaron la ciudad de Campeche. William Parker hizo el ataque al frente de tres naves. Asaltó por la noche y logró el saqueo aun cuando perdió hombres al huir. No contento intentó desembarcar en otros lugares de Yucatán, sin éxito.¹⁴

En 1600 el ataque fue dirigido al puerto de Acapulco, donde pensando encontrar la “nao” surta se enfrentaron con el fuerte de San Diego. Esta vez, el autor del ataque fue Joris van Spielbergen, quien hizo un dibujo del puerto representando el momento en que sus hombres y sus lanchas recibían las provisiones que exigieron del puerto, después de notar que la nao no había llegado.¹⁵

13 M. Martínez del Río, *op. cit.*, p. 59-60.

14 Raciél García, *op. cit.*, p. 64.

15 M. Martínez del Río, *op. cit.*, p. 60.



Fosos y entrada con puente a San Juan de Ulúa. E. V. L. y P. R. R.

En el siglo xvii, en 1621, el comercio de las Filipinas fue interrumpido porque durante año y medio las flotas inglesas y holandesas se combinaron para bloquear el puerto filipino. El Pacífico fue asolado por Jaques L'Hermite, Hugo Shapenham y otros, hasta que los holandeses lograron controlar el tráfico de las especias y el de las sedas chinas, además de haber saciado sus rencores por la intervención de españoles en las colonias holandesas. El término de la guerra de los Treinta Años, con la paz de Westfalia, causó que los holandeses se replegaran a sus bases de Java.

4. Los “privateers”

El siglo xviii trajo más peligros para la Nueva España, debidos a la aparición de piratas que operaban por su cuenta. Dampier, William Kidd, La Fayette y Clipperton los representan, aun cuando carecieron de la calidad de sus antecesores. Para sus fechorías se escudaron en un patriótico odio hacia España. Uno de los más competentes oficiales de la marina inglesa, George Anson, en 1743, rompió definitivamente el monopolio del Pacífico, al apoderarse en Filipinas del galeón Covadonga, que fue



Puerto de Alvarado. Fot. P. R. R.



Fortificación de Sisal. Fot. P. R. R.

tan mal defendido por su tripulación como para hacerse una investigación de doce años sobre los hechos. Al fin se puso la gente en libertad y se demostró la superioridad que tenía un barco de guerra, como el Centurion de Anson, en combate contra un galeón mercante. Los ataques fueron continuos durante el siglo xvii. En 1623, la escuadra holandesa bajo el mando de Shapenham logró apoderarse del puerto de Acapulco que abandonó al fin por sus reducidos elementos de defensa y, haciéndose a la vela, continuó sus operaciones dificultando el comercio filipino y, por lo tanto, el que desde Acapulco continuaba hacia España.¹⁶ Diez años más tarde, en 1633, el

¹⁶ Raciél García. *op. cit.*, p. 64.



corsario holandés Pata de Palo atacó Campeche en el mes de agosto y, después de saquear la población, se apoderó de cuatro barcos, surtos en el puerto, e incendió otros cuatro. Se alejó del puerto sin ser perseguido, porque no había con qué hacerlo.¹⁷

5. *La contraofensiva en el mar*

En el mismo año la Nueva España sufrió el ataque a las costas de Tabasco y Campeche por parte de una flota filibustera de diez naves con tripulación mixta; a los dos años después de esos ataques que iban arreciando, el virrey ordenó que se organizara la armada de barlovento para combatir a ingleses y holandeses que operaban en el golfo obteniendo muy buenos resultados. La armada de barlovento recapturó la isla de Jamaica, que después volvió a perder, base de los filibusteros en 1655, cuando llegó a ella una flota pirata de treinta buques con siete mil hombres que se constituían en una verdadera amenaza para toda la navegación.¹⁸

Quizá el mayor ataque fue el lanzado en contra de la ciudad y puerto de Veracruz el 18 de mayo de 1683, cuando dos navíos dirigidos por Nicolás Grammont con seiscientos hombres conducidos por Lorenzo Jacome (Lorencillo) lograron tomar la ciudad. Las casas fueron abiertas y sus habitantes apresados en la iglesia, que se rodeó con barriles de pólvora y cañones, para evitar que se escaparan los habitantes, mientras los piratas camparon por la ciudad y arrasaron con todo. De esa manera juntaron un botín de cuatro millones de pesos oro, después de haber causado daños por siete millones en consecuencia de los cinco días que permanecieron los piratas franceses en el puerto. Sin embargo, la armada de barlovento los persiguió, y llegó a capturarse una de sus presas, el velero Nuestra Señora de Regla, que condujo a Veracruz junto con sus noventa piratas. Pero Lorencillo repitió, a los dos años, la misma hazaña de Veracruz en el puerto de Campeche.¹⁹

En otro esfuerzo, el año de 1690, la armada de barlovento se dirigió a Santo Domingo para expulsar de la isla a los piratas franceses que, después de una sangrienta acción, tuvieron que retirarse. Pero no terminaron las incursiones y los piratas continuaron en ambos litorales de la isla.²⁰

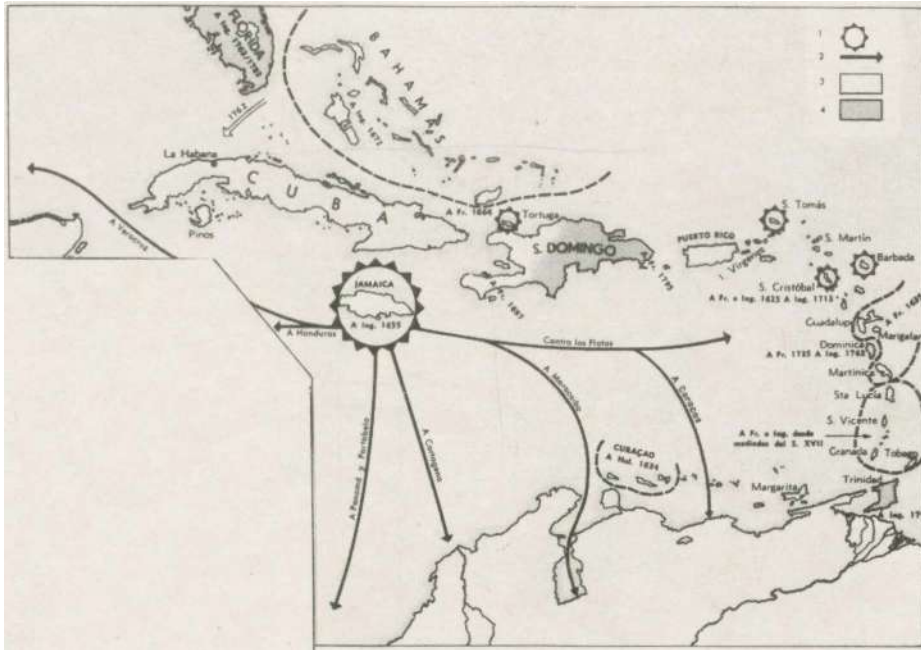
Casi desde el principio del siglo xvi hasta el final del xviii, en que la piratería declinó, la navegación, así como las colonias españolas de la Nueva España, no pudieron descansar por la amenaza constante que tenía lugar, primero debida a bucaneros apoyados por reyes, y luego, sin ese apoyo, y por su cuenta. Es notable la

17 *Ibidem*, p. 65.

18 *Ibidem*, p. 64-5.

19 *Ibidem*, p. 65-6.

20 *Idem*

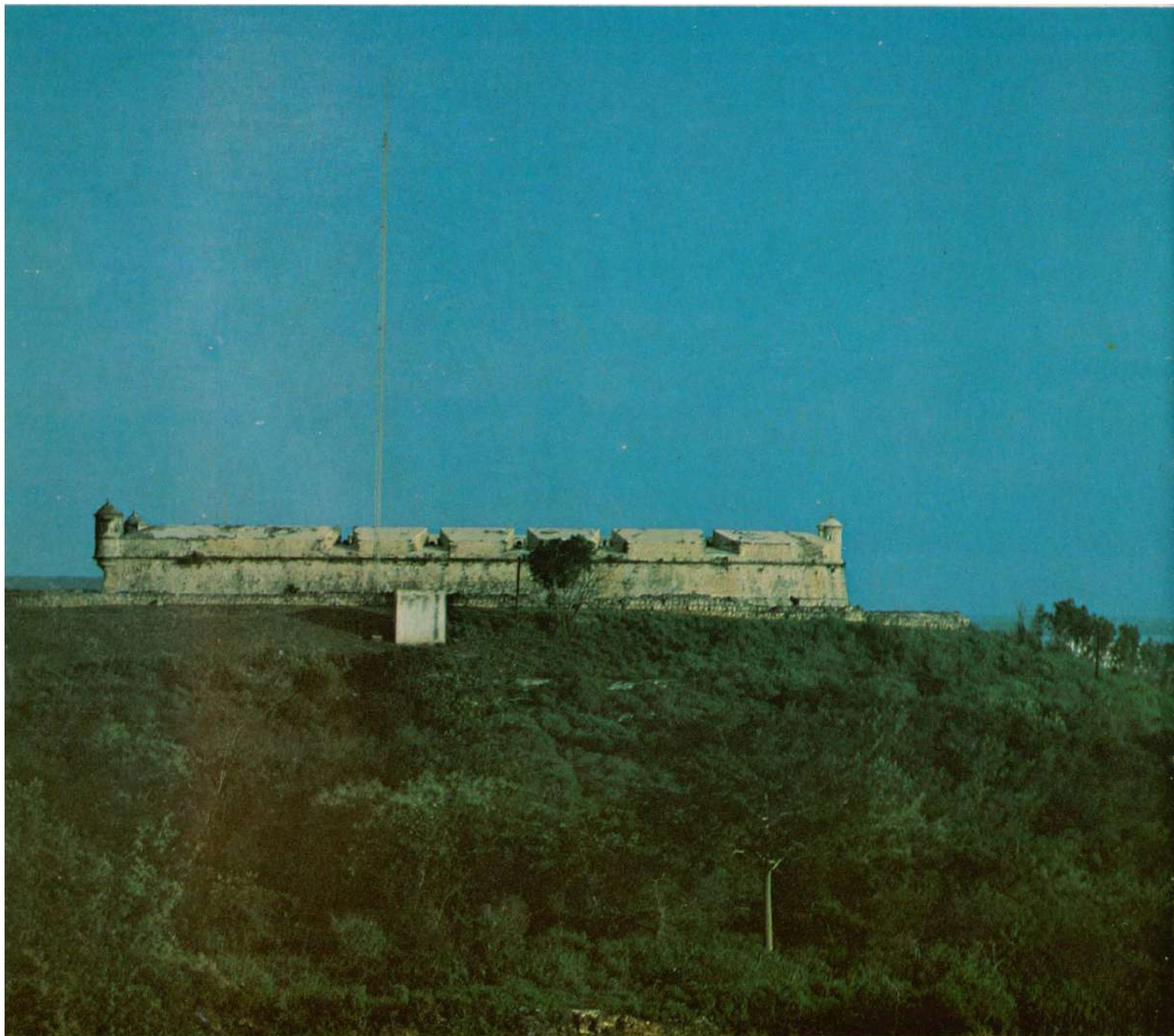


Rutas de ataque y bases de los piratas. Vicens Vives, *Atlas*.

defensa que, unas veces con éxito y otras sin él, opusieron los marinos responsables de mantener en pie las líneas de comunicación que surcaron los océanos, podríamos decir, con constancia desde la época de la conquista hasta la de la independencia. Las consecuencias de la piratería tuvieron importancia directa relativa para el territorio de la Nueva España pues, aparte de las depredaciones y de los ataques armados, el único resultado obtenido por la piratería fue que los ingleses retuvieran el territorio de Walix (Belice), que había sido la cabeza de puente situada en el territorio continental del Caribe. La última nave española que tomaron los piratas, la Santísima Trinidad, fue puesta en venta en el puerto de Plymouth donde asombró, por su construcción y lujo, a quienes la vieron.

6. *La recia persecución por Eraso*

Un marino de estirpe, Alonso de Eraso, hermano menor de Cristóbal de Eraso, capitán general de la armada de la guardia de Indias, una mañana fue encargado de la



Fuerte de San Miguel de Campeche. Fot. P. R. R.

vigilancia de las costas y los puertos de barlovento con el fin de que persiguiera piratas, especialmente franceses y portugueses, que comerciaban y robaban en aquellas islas.

Para el propósito le encargaron el mando de las naos Nuestra Señora de Begoña, que servía de capitana de la armada, la Catalina, la saetía Santa Clara, las fragatas Santa Catalina, Santa Ana, Magdalena, además de una lancha.

Alonso de Eraso se enfrentaba con una tarea difícil y peligrosa; sus movimientos sabía que serían transmitidos de inmediato a los piratas, por los espías que tenían en tierra, y lo peor, el escenario para su acción era la inmensidad del mar y los recovecos de las islas, que le obligaban, ante todo, a la difícil tarea de localizar a los enemigos. El 9 de febrero de 1579, seguido a prudente distancia por toda la armada, levó anclas, izó velas y se hizo a la mar para seguir la derrota del cabo San Antón, con

Fuerte de Tierra de Campeche. Fot. P. R. R.





tiempo adverso. Hubo grandes calmas y vientos desfavorables, que no facilitaban la navegación hasta el punto de que, en ocasiones, se desperdigaron las naves y llegó a creer que se habían perdido. Al cambiar el tiempo, durante tres días, tuvo viento del nordeste y logró avistar tierra en el cabo San Antón, que había perdido. Costeando, llegó a la Habana el 8 de marzo, donde reunió todos sus barcos. Algunos de ellos habían llegado desde el 24 de febrero. Al día siguiente un norte temible azotó la zona hasta el punto de hacer garrear las anclas dentro del puerto cubano y poniendo incluso en peligro a la capitana, la almiranta y la fragata Santa Catalina. Todas las naves se vieron incomunicadas, por la imposibilidad que había de navegar en las chalupas dentro del puerto. Esa situación se prolongó por tres días, sin que se pudiera hacer aguada ni aparejar las naves para la empresa que traían. Con gran ansia se prepararon, después, en seis días y pudieron zarpar de la Habana el 17 de marzo, para seguir su camino atravesando con buen tiempo el peligroso canal de Bahama el día 21 de marzo, y costeando las islas Inguilla, el Sombrero, la Hanegada y las Vírgenes, para entrar luego en el puerto de San Juan de Puerto Rico: era el día 18, víspera de la Pascua de Resurrección.

Por medio de una lancha, enviada a puerto con correspondencia para el gobernador de la isla, Francisco de Ovando, se enteraron, según escrito de Juan Ponce de León, teniente gobernador de la isla, de que había pasado por Puerto Rico, hacía dos meses, un navío francés con una lancha muy grande; venían de la Margarita y habían hecho dos buenas presas. También se tenían noticias de la presencia de otros tres navíos franceses, que se hallaban comerciando en las costas de Yaguana.²¹

Así, con sólo noticias de "oídas", salían las flotas en persecución de enemigos para rastrear, a la buena de Dios, sus derroteros, preguntando poco menos que de puerta en puerta. En esa forma fueron también a preguntar a Pedro Rengifo de Angulo, alcaide de la fortaleza de Puerto de Plata, adonde llegaron la noche del martes 21 de abril, con buen viento galerno a popa. El alcaide refirió que un vecino de la Yaguana, llamado Lope de Urrutia, le había escrito comentando que hacía unos quince días se encontraban dos navíos franceses rescatando y comerciando en el puerto de Guanahíber, del término de la villa de la Yaguana. Además, se añadía que hacía otros quince días llegó otra nao muy fuerte, de doscientas toneladas, tripuladas por doscientos hombres y sin carga.

Todos se alegraron mucho de las noticias, pues pensaban poder apresar alguno de los corsarios.

De paso, aprovecharon el viaje para tratar de encontrar, sin éxito, un navío portugués que vieron pasar y entrar al puerto de Isabela. Se pensó que pudo ser advertido de la presencia de la escuadra por los cargadores negros, o cubierto y disimulado con ramas, tal como se hizo en otras ocasiones.

21 Federico de Castro y Bravo, *Las naos españolas*, p. 254.



Muralla de Campeche. fot. P. R. R. y E. V. L.

Alonso de Eraso, desesperado por no encontrar corsarios, se dio a la vela en la tarde, antes del anochecer, y amaneció sobre la tierra de Bahía, más allá del puerto de Monte Cristi a la vista de la Tortuga, a siete leguas a barlovento del cabo de San Nicolás.

Dispuso Eraso, antes de partir, que las fragatas Santa Catalina y Santa Ana, en compañía de la lancha, fuesen por la parte de dentro de la isla Tortuga para recorrer y reconocer los puertos que existen entre la Tortuga y la Española. Mientras, Alonso, con el resto de los navíos de la armada, costeo la isla por la parte de fuera y después de haber reconocido el lugar se reunieron todas las naves a unas cuatro o cinco leguas a barlovento del cabo de San Nicolás. Al día siguiente, 25 de abril, sobre la sierra que se levantaba detrás del puerto de San Nicolás aparecieron humaredas, provocadas por negros pastores, que eran aviso para los corsarios de los siete navíos de que constaba su armada. Sólo quedaba alcanzarlos en vez de sorprenderlos. Velocidad y diligencia serían los únicos recursos utilizables para ello. Con prisa, fueron al puerto donde llegaron a mediodía para hallarlo vacío. Se reunieron todos los oficiales con el general de la capitana y convinieron en dividir la armada en la siguiente forma: la nao almiranta, Santa Catalina, y la Magdalena visitarían la costa desde el cabo de Santa María hasta llegar a encontrarse con el resto de su armada, sin detenerse en ningún lugar.



Por otro lado navegaría el general con la capitana, la saetía Santa Clara, la fragata Santa Ana y la lancha, para recorrer la costa y los puertos, desde el cabo San Nicolás hasta encontrarse con las demás naves. La saetía y la fragata Santa Ana y la lancha navegarían pegadas a la costa mientras que la capitana lo haría separada de ellas, mar adentro, para evitar que los corsarios escaparan. Así navegaron el día, la noche siguiente y el otro día que era domingo, hasta la noche en que llegaron a dos o tres leguas del puerto de Guanahíber. De ahí se despidió la lancha para que, de noche, navegara de tal forma que amaneciera dentro del puerto con el fin de contar los navíos piratas si allí estuvieran, y zarpar de inmediato, disparando tantos tiros como navíos hubiera contado para dar aviso. Así se hizo y el lunes 27 de abril disparó una pieza de artillería pensándose que sólo una nave se encontraba en el puerto. Ese varadero era escala obligada para los piratas, después de avisar a los pobladores de que habían llegado, al pasar por Yaguana puerto de poco abrigo que, situado a cincuenta leguas antes de llegar, sólo servía como apoyo. Guanahíber se encuentra junto al cabo San Nicolás, en la línea de Puerto Real y está defendido de todos los vientos. La entrada es estrecha y rodeada de arrecifes de tal manera que es fácil de defenderse. Después de la bocana que tiene dos leguas, la entrada hace una vuelta y, en el interior, todo es bahía con fondo de hasta catorce brazas. En esa vuelta se encontraban otras dos naves francesas que, ocultas por la geografía, no fueron vistas por la barca. Por tener buenos pastos había ganado y sólo habitaban pastores negros en la zona.

Al llegar los navíos corsarios disparaban una o dos veces para dar aviso y quedaban en espera de los comerciantes españoles. Éstos les llevaban mercaderías de todo género desde la Yaguana en barcos ligeros, y desde Puerto Real y Monte Cristi en recuas de mulas que incluso venían desde tierra muy adentro porque les pagaban bien. Los corsarios estaban esperando la llegada de los comerciantes cuando fueron avistados por los de Eraso.

El disparo de la lancha llenó de alegría a los tripulantes de las naves expedicionarias, que sólo pensaban en el combate y en el botín.

7. La lucha

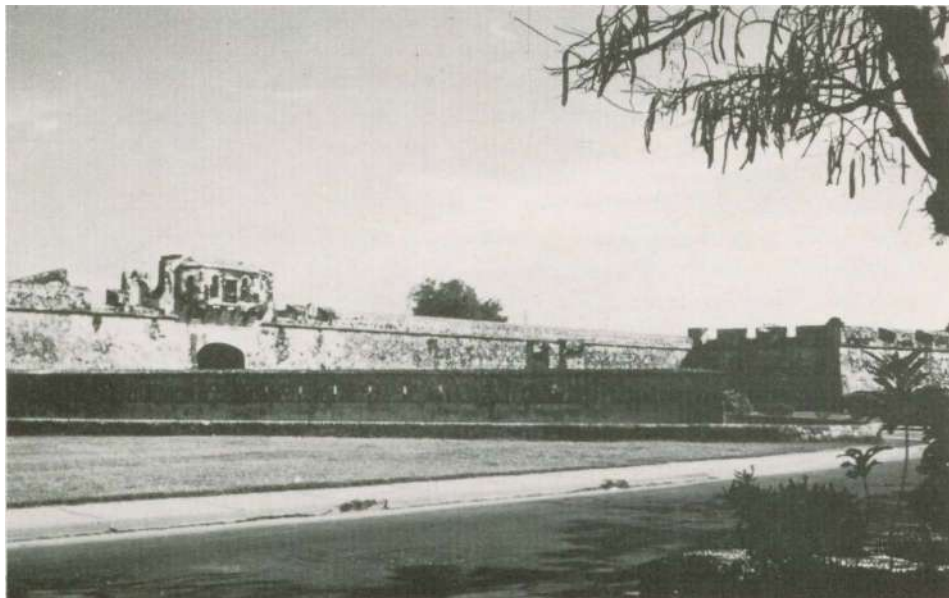
Se reunieron los importantes de la expedición en el puente de la nao capitana, y Eraso “les dirigió una alocución, que el cronista de esta historia dice, que fue un parlamento tan concertado y cristiano, que hubiese bastado para poner ánimo, no sólo a tan esforzados españoles como llevaba consigo la armada, sino aun a muy cobardes mujeres”.²²

Se prepararon todos y se repartieron aquellos que debían quedar en cubierta. Un

²² *Ibidem*, p. 262.



Fortificación y muralla de Campeche, lado de tierra. Fot. E. V. L.





cabo de mar y marineros asistirían en el pañol de la pólvora con el maestre y dos personas de importancia, para llenar frascos y cartuchos, darlos, y pasar las pelotas según fuere menester.

El calafate y el carpintero deberían vigilar y reparar cualquier daño ocasionado por balazos que la nao recibiera debajo de su línea de flotación y tapar los agujeros con un taco de madera a propósito. Los heridos serían asistidos por el capellán y el barbero junto con el cirujano. Se aprestaron las hachas de abordaje para que, si el buque enemigo se resistiera, se le cortaran las jarcias y se hicieran agujeros en la cubierta o se cortaran los mástiles. La saetía y la fragata que navegaron junto a tierra entrarían en el puerto procurando tomar el barlovento para detener cualquier pirata que pensara escaparse. Fragata y lancha se pusieron a un tiro de cañón de los corsarios. Desde la capitana se mandó una chalupa con doce soldados para reforzar la fragata al mando del sargento mayor Diego de Zayas. Éste, después de reconocer la situación en la fragata, dejó unos pocos de refuerzo y retiró a los demás que devolvió a la capitana. Mientras, la fragata y la saetía, a tiro de cañón de los franceses, entablaron un fuego de lombarda que duró dos o tres horas. La capitana, navío más pesado, continuaba en la boca del puerto impulsada por el viento tierral, de tal manera y fuerza que admiró a todos por su velocidad. Barloventeaba a la entrada del puerto en una extensión de media legua como si fuera un barco pequeño. Caía el sol mientras la fragata y la saetía seguían intercambiando fuego con los piratas. Antes de que anocheciera se envió nombre y seña a los buques contendientes y las instrucciones necesarias para que no escaparan los bucaneros abrigados por la noche. Se pretendía interceptar el paso con la capitana, poniéndola en medio del puerto con la idea de abordar a los enemigos a cualquier hora de la noche que pudieran alcanzarlos. Si los piratas intentaran salir del puerto, la saetía dispararía al aire y encendería una linterna en el palo mayor. Se midieron profundidades y se escogió el área donde se pudiera navegar sin peligro. La capitana quedó surta en el lugar conveniente y todo fue cuidado y silencio en la paz de la noche bajo el rumor de las olas.

A las nueve de la misma noche, se desgarró el aire con el ruido del disparo hecho por la saetía y se avistó la luz de la linterna en su palo mayor. El enemigo estaba en movimiento y trataba de acercarse a tierra; la saetía trataba de impedirlo. Delante, con todas las velas desplegadas, iba la capitana de los corsarios, que se llamaba Montón de Oro, de doscientas toneladas largas y bien artillada; detrás iba una galeota que tendría catorce o quince bancos, artillada con un cañón en la popa. A retaguardia, iba el navío Dragón Chino, de más de cien toneladas y mejor artillado que la capitana, bien construido y de buena marcha con todas las velas izadas, navegando, junto a la popa de la galeota. Estaban los tres barcos perfectamente manejados de tal manera que, “todas estas naves llevaban sus esquifes a bordo, con tan buen orden que parecía como si marchasen por compás, como si todos se gobernasen por el mismo timón, como si todos marcasen las mismas velas; nunca

discrepaba en nada un navío de otro. La fragata Santa Ana, más lenta, iba a popa del Dragón Chino, dándole escolta”.

La capitana española seguía en medio del puerto para obstruir el paso al enemigo; el general en todos sitios estaba, subía y bajaba teniendo cuidado de que todo estuviera preparado para el momento del combate.

Temía, sin embargo, que en la oscuridad los amigos no se distinguiesen de los enemigos y que se pudiera disparar contra las propias naves. Como lo temía sucedió: la saetía que, como dijimos, iba primero, llegó a la altura de la capitana; los soldados de la capitana, creyendo que el enemigo había llegado, le dispararon algunas piezas de artillería; desde la saetía dieron voces explicando quién era el enemigo y señalando por dónde venía.

Se puso en posición la capitana española para recibir a la capitana enemiga. Ésta llegó tan cerca, que a todos pareció que iba al abordaje, lo que se supo por los franceses cautivos, que había sido su intento.²³

Pensaron asimismo los franceses en poner de un lado de la capitana la Montón de Oro y por otro el Dragón Chino, mientras la galeota se le atravesaría por la popa, y pensaban abordarla así entre las tres para meterle unos doscientos hombres a bordo y rendirla. Al día siguiente pensaban abordar y rendir las demás naves en el momento de la alborada.

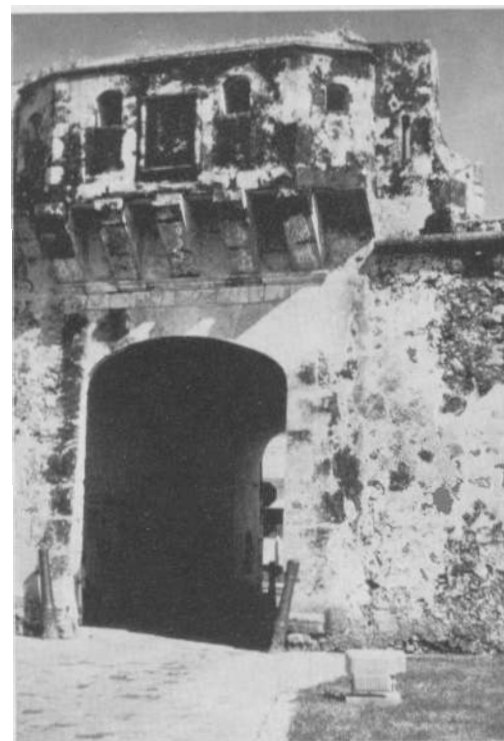
Sin embargo, cuatro cañonazos disparados con buena puntería dieron al Montón de Oro en la línea de flotación y la algarabía de los tripulantes y de la gente de armas, que reveló la cantidad de soldados que iban en la capitana hizo cambiar de parecer a los piratas que prefirieron huir. Con mucho secreto tiraron las perlas y el dinero que llevaban por valor de más de veinte mil ducados, según dijeron, y se prepararon para abandonar su nave en el momento en que la capitana española los abordara durante la noche.

Dos o tres horas duró el duelo de artillería y arcabucería entre las dos capitanas, que cada vez estaban a menor distancia. Eraso ordenó que la nave enemiga fuera abordada al pasar por barlovento. La artillería preparada en el flanco correspondiente debía dispararse en cuanto los navíos estuvieran próximos y los arcabuceros y mosqueteros tirarían cuanto pudieran por entre las dos jaretas. La confusión sería aprovechada y los soldados entrarían con facilidad a la nao enemiga para rendirla.

Cuando Eraso subió al puente, para reconocer la situación en que se encontraba el enemigo, vio que la nao corsaria se había pasado de largo y que no la podía abordar pues fallaron todas las precauciones tomadas.

Eraso, lívido y furioso, estuvo a punto de matar al piloto mayor, y tuvo que intervenir el contador Juan Alegre para aplacarlo, haciéndole ver que el momento era para mear las velas y darse prisa en perseguir y volver a alcanzar al enemigo.

²³ *Ibidem*, p. 269-70.



Campeche, puerta de tierra. Fot. E. V. L.



El francés pasó muy cerca de la nao capitana de Eraso y, creyéndose fuera de peligro insultó cuanto pudo en lenguas semiespañola semifrancesa. Echaba las bravuconadas típicas de marinos y amenazaba cuanto podía. Eraso ordenó a grandes voces al piloto mayor: “abórdame ese navío antes de una hora; donde no, yo os quitaré la vida”²⁴ Tal maña se dio el piloto mayor que, después de haberse marcado las velas, hizo que el bauprés de la capitana española estuviese puesto entre el trinquete y el mástil mayor de la capitana francesa. La otra nao pirata, muy desbaratada, que se hallaba entre la española y la galeota se deslizó por la proa de su capitana.

Reventaron los fuegos de estribor de la española por donde estaban abordando y los fusileros mantuvieron un nutrido disparo, ocultos detrás de las obras muertas.

Los franceses se defendían y sus navíos pretendían incendiar las naves españolas con bombas y alcancías de fuego y otros artificios. Más de una vez incendiaron la capitana y dominaron el fuego con agua y vinagre, preparado en barricas, de antemano.

El Dragón Chino fue asaltado por los españoles, y los piratas lucharon en él palmo a palmo. Por otro lado, llegó la lancha, que estuvo a punto de perderse con su tripulación. Al ver su navío perdido, los franceses se arrojaron a la lancha española y, atacaron con desesperación. Lograron rendirle hasta el árbol mayor. Hirieron al capitán Pedro Cornas y lo arrojaron al mar, junto con otros dos o tres españoles. Reaccionaron los soldados y lograron volver a echar fuera a todos los enemigos. El capitán de la lancha fue recobrado del agua, herido; se logró salvar, y después de mucho trabajo tomaron y rindieron el Dragón Chino, de cuya tripulación sólo quedó un hombre vivo.

El Montón de Oro, abordado por la proa de la capitana se defendió también con tenacidad. El buque era difícil de asaltar porque estaba fortificado y cerrado por todas partes, además de contar con una tripulación numerosa. El primer asalto hecho por el sargento mayor Diego de Zayas, y cinco hombres más fracasó al intentarse por la toldeta de popa de la nao enemiga, y usar armas cortas en vez de picas.

La noche fue de lucha, hubo heridos, incluso Diego de Zayas salió herido en un brazo por una pica; muertos, tiros, golpes y todo lo necesario hubo hasta que el Montón de Oro, al amanecer, logró desembarazarse, por descuido de unos marineros que no le dieron cabo. El francés trató entonces de tomar la costa, pero la capitana española le atajó el paso y quedaron las dos naves una frente a la otra al decaer el viento. Llegó la mañana y se tocó la alborada en la capitana, mientras el enemigo, a un tiro de ballesta, recogía su bandera y amainaba el velacho de la gavia. En esa situación se destacó la lancha que fue a la capitana a pedir que se rindiera:

²⁴ *Ibidem*, p. 275.

Ríndase a la capitana de España, por el rey Don Felipe, mi señor, y yo les haré muy buena amistad; donde no, echaré a fondo su navío y pasaré a cuchillo a todos.²⁵

Respondieron que se rendían a la capitana y en señal de ello amainaron la vela mayor.

Con disgusto del capitán, la fragata Santa Ana abordó a la pirata rendida y la saqueó rompiendo cajas y cofres, que contenían los más finos ruanes y holandas; reventaron los fardos de ruán, cañamazo y sedas y tomaron piezas de oro y plata. Habían llegado quienes no combatieron a aprovechar del botín y, en respuesta, Alonso de Eraso mandó prender a Avendaño, capitán de la fragata, por desobedecer las órdenes que le había dado. Los piratas esperaban todavía otras de sus embarcaciones, que llegaron perseguidas por el resto de la armada. Eraso no pudo capturarlas. De hecho, el combate descrito fue uno de los que produjo el mayor botín capturado a corsarios. La armada de barlovento se enfrentó sin duda a tres navíos bien artillados, y tripulados por más de trescientos cincuenta hombres.

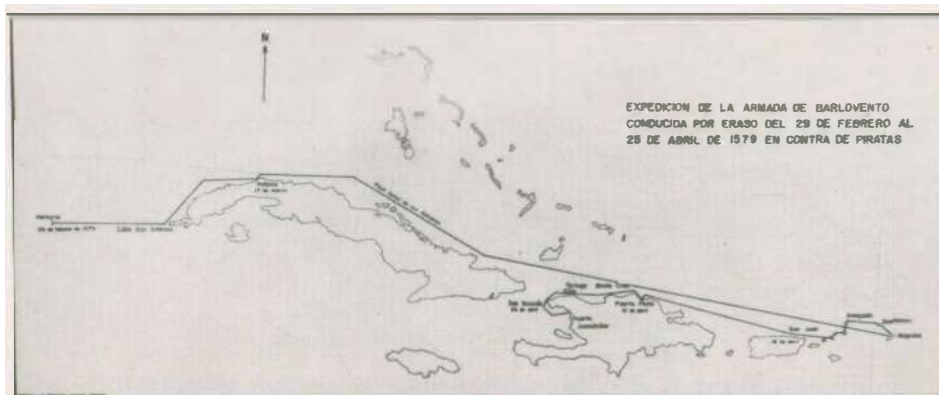
Debemos hacer notar, a pesar del éxito de Eraso, cómo su estrategia fue anticuada en el sentido de que el esfuerzo se hizo en función del abordaje con vista a un botín. Las naves se concibieron como unas plataformas flotantes desde las que se lanzaba una batalla a semejanza de las fortalezas terrestres de las que salían los soldados para defenderse de los enemigos que las atacaban. Las naves y su artillería no eran, pues, aprovechadas como un instrumento agresivo que contando con velocidad, posibilidad de maniobra y artillería se podían convertir en un instrumento de destrucción para devastar al enemigo.

²⁵ *Ibidem*, p. 282.



Campeche, puerta de mar. Fot. E. V. L.

Expedición de la armada de Barlovento conducida por Eraso del 29 de febrero al 25 de abril de 1579 en contra de piratas.





8. La defensa de la Nueva España

Una de las primeras preocupaciones fue proteger la función portuaria de Veracruz, como parte de la defensa del continente. Los cambios que en esa ciudad y sus alrededores se llevaron a cabo, reflejaron las variaciones de la técnica militar de cada una de las épocas y resulta natural que las tareas de construcción y fortificación no tuvieran fin.

Sin duda alguna, el puerto principal de México, de cualquier manera que se razone, pasó un sinfín de vicisitudes, hasta que se logró el lugar apropiado para su establecimiento, pues la fundación inicial no resultó, como ya sabemos, adecuada para las necesidades. La famosa Villa Rica de la Veracruz, fue trasladada poco después de establecida a un lugar entre el mar y el pueblo de Quiahuitla donde, entre otras cosas, se designó el sitio donde debían estar las atarazanas y Bernal dijo, ya lo tratamos también, cómo constituyeron una fortaleza en la que se dieron tanta prisa que incluso Cortés colaboró con sus soldados a sacar tierra, a trasladar piedras, a ahondar cimientos o a levantar la cortina.

Establecida la población, el rey Carlos I de España expidió en 1523 el decreto pertinente, con todo el protocolo característico de la época.

Por la divina clemencia, emperador *semper Augustus*, rey de Alemania, doña Juana su Madre, y el mismo don Carlos por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, etcétera. Por cuanto don Francisco de Montejo y Alonso Fernández Puerto Carrero en nombre del Concejo, justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales, hombres buenos de la Villa Rica de Veracruz, que es en la nuestra Nueva España, nos hicieron relación que después que de la dicha Villa fue fundada, hasta ahora no habemos mandado dar, ni señalar armas e devisas que trajédes en pendones, y pusiédes en sus sellos, y en otras partes de donde las ciudades e villas de estos reynos, las acostumbran poner y traer, y nos suplicaron e pidieron por merced en el dicho nombre diésemos y señalásemos armas para que trajédes en los dichos pendones, de la dicha Villa y se pusiere en su sello, y en las otras cosas e partes, y lugares donde fuesen necesario, e nos aconsiderando que la dicha Villa es el primer pueblo que fue fundado, y poblado por cristianos en la dicha tierra, y acatando los trabajos y fatigas y peligros que los vecinos y pobladores de la dicha Villa han pasado y sus servicios, y por que es cosa justa y razonable, que los que bien sirven sean honrados y favorecidos de sus príncipes, y por que la dicha Villa sea más noblecida, y honrada tuvimoslo por bien, y por la presente voz hacemos merced, y señalamos, y queremos que tengan por sus armas conocidas, un escudo el medio dél a la parte de arriba un castillo dorado en campo verde, y el otro medio dél a la parte de abajo dos columnas blancas que son devisas de mí el rey en campo azul con letra que dice *plus ultra*, y



en el alto del escudo una cruz colorada, y por la orla dél trece estrellas azules en campo dorado en un escudo a tal como éste las cuales dichas armas conocidas para que las pueda traer, y poner y traiga y ponga en los pendones y sellos, y escudos y banderas de ella, y en otras partes donde quisiéradés, y fuese menester. . . Dada en la Villa de Valladolid a cuatro días del mes de julio, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e veinte y tres años. Yo el rey.²⁶

9. El acomodo de Veracruz

Con todo y la verborrea que se desarrolló en la asignación del escudo a la Villa Rica de la Veracruz, resultó que en muy poco tiempo nada quedó de ese lugar, pues en 1525 se fundó la Antigua Veracruz al pie del río Huitzilapan, más cercano al castillo donde atracaban los buques. Aparecieron los caminos y los arrieros, y sobre la ruta se establecieron las Ventas de Juan Bautista Buitrón, por lo que Cortés expidió, hacia 1524, las ordenanzas para los que instalaban sus primeras ventas. Desde la Antigua Veracruz, después del establecimiento de la Santa Hermandad, el alcalde provincial que allí radicaba repartía por toda la provincia sus oficiales, acompañados de cuadrilleros a sus órdenes, para establecer la vigilancia y asegurar la paz.

No fue tampoco satisfactorio el puerto de la Antigua para la descarga de los navíos y las flotas.

Con la construcción del camino, que iba a México, se facilitó el establecimiento de núcleos de población en las Ventas de Buitrón más cercanas a San Juan de Ulúa, donde el virrey Gaspar de Zúñiga y Acevedo insistió en que se descargaran las mercancías traídas por las naos. Allí se pasaron los funcionarios y automáticamente quedaron aisladas las fundaciones anteriores hasta que, en 1599, Felipe III ordenó al conde de Monterrey, entonces el virrey, que trasladara la ciudad de Veracruz de la Antigua a la banda de tierra firme de las Ventas de Buitrón, y se le llamó la Nueva Veracruz.

Mientras tanto, la isla de Ulúa fue variando, Antonio de Mendoza constituyó en ella, en 1554, una torre y un muelle con el fin de que se pudieran recibir las naves. En 1552, después de la preocupación mostrada por las autoridades de la Nueva España y por el alcalde mayor García Escalante, se había hecho ver que el puerto necesitaba de un muelle más seguro y vino en apoyo de ese criterio la tempestad, que se levantó en ese año, para que se erigiera un muro con argollas de metal, donde el amarre fuera protegido y seguro. La torre de San Juan fue artillada con los cañones procedentes de las naves piratas de la expedición fallida de John Hawkins, quien atacó el

²⁶ M. B. Irens, *Historia de la H. ciudad de Veracruz y de su ayuntamiento*, p. 16-8.



puerto el 15 de septiembre de 1568, al que combatió el nuevo virrey Martín Enríquez de Almanza que llegó al puerto a tiempo para ahuyentarlo.

Como resultado del ataque, Juan de Ubilla, el almirante de la flota, pidió que se terminara la torre vieja, que se llamó San Pedro, y el muro de argollas, y también que se construyera una segunda torre en el otro extremo del muro, que se llamó San Crispín. Este puerto es “agora muy nombrado, y están hechos en él grandes mamparos para que estén seguros los navíos por amor del norte” exclamó, satisfecho, Bernal Díaz del castillo.

10. La reforma de la defensa

En esa obra intervino el general Cristóbal de Eraso y para 1584 San Juan de Ulúa era descrito por fray Alonso Ponce al decir:

. . . la fortaleza tiene dos torres una a oriente y otra a poniente, y entre torre y torre un lienzo o adaraba muy largo, labrado todo de cal y canto con mucha fortaleza, por lo cual se pasa de una torre a otra; la que está al poniente es pequeña y no de muy buena piedra, que el salitre del agua de la mar va comiendo poco a poco, aunque con todo esto es fuerte; la de oriente es mayor y más capaz, tiene una sala de armas muy grande, un caballero obra de fortificación y un aljibe, una masmorra y otras piezas, y en las torres y caballeros y otras partes hay muchas y muy gruesas piezas de artillería.²⁷

En pocos años, Nueva España se erizó de fuertes y fortalezas al principio del siglo xvii sin que ello significara que, con anterioridad, no se hubiera atendido a la defensa, pero ésta no alcanzó en el siglo xvi la trascendencia que tuvo en épocas posteriores cuando se adaptaron las nuevas técnicas estratégicas militares y hubo gente preparada para ello, después de haberse pasado por los ingenieros italianos del siglo xvi, los flamencos del xvii y finalmente por los franceses desde el final del xvii en adelante, de acuerdo con el estado del conocimiento de la ciencia militar de cada época y de lo que en ella despuntaran los ingenieros de cada nación, que terminaron con las innovaciones técnicas del mariscal Vauban que revolucionaron ese arte.

Así pues, en 1600 el ingeniero Bautista Antonelli estudió la manera de mejor defenderse en San Juan de Ulúa y, para ello, habló por primera vez de la posibilidad de amurallar Veracruz. A los pocos años, en 1611, se pensó en la necesidad de defender Campeche y se estructuró el plan de defensa fortificando la ciudad con el fuerte de San Benito. A los cuatro años se construyó el fuerte de San Diego en

²⁷ J.A. Calderón Quijano, *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, p. 11.



Acapulco, que mostraba la necesidad de defenderse en el Pacífico, y a la vez el castillo de San Juan de Ulúa había dejado de ser un simple lugar de descarga, porque esa actividad se había trasladado a la Ventas de Buitrón.

Pero los piratas ya estaban explotando el palo de tinte y la cochinilla, además de las maderas preciosas en la bahía de Términos y en el río Valis. A mitad de siglo, los bucaneros afectaron con sus entradas (1657 y 1685) a la ciudad de Campeche, cuyos vecinos contribuyeron con donativos, a fin de cerrar el recinto de su ciudad para defenderse. En 1680 pidieron la construcción de la muralla que se terminó en 1705, y todo ello sucedía mientras, en Veracruz, se discutía sobre la expugnabilidad del castillo de San Juan. Su castellano, Francisco Castejón, en 1663, y el ingeniero militar Marcos Lucio discreparon en cuanto a cómo debía repararse una fortaleza con un concepto más amplio del utilizado hasta la fecha, pues el castillo debía ser un instrumento para la defensa militar y no un desembarcadero. El costo de lo que se proponía asustó a Castejón, quien con pena consideró que:

En las Indias es rodeo para el premio elaborar afectuosamente en el servicio de rey y que los que lo hacen corren más miserable fortuna que corrían los católicos en Inglaterra en los tiempos de Cromwell, porque como hay quien tiene hecho trato y conveniencia del servicio del rey los miran como a mortales enemigos, procurando quitarles la tierra que traen debajo de los pies.²⁸

La disputa y el desacuerdo fueron de tal naturaleza que tomaron partido los oficiales reales, el fiscal y, en cierta forma, apareció también indirectamente acusado, por Castejón, el propio virrey.

La carencia de una verdadera delimitación de funciones para las instituciones de gobierno que en muchos casos superponían su poder —iglesia, ejército, virrey, justicia, hacienda, etcétera—, típico del gobierno español en todos tiempos y la interferencia constante de la despiadada burocracia hizo, como de costumbre en estos casos, que la pelota se tirara de un lado a otro, hasta que se decidieron, ayudados por los nuevos nortes y los temporales que siguieron deteriorando el castillo, a resolver el problema de acuerdo con el proyecto de Lucio, para llevar a cabo una nueva concepción del castillo. Pero en el ínterin, Castejón fue apresado por el virrey, en 1663, y a pesar de que se dio orden de libertad, el castellano murió en prisión. “Las exequias y honras fúnebres que a su muerte tuvieron lugar, fueron dignas de persona real, viéndose concurridísimas por gentes de todas clases sociales de México”. De hecho, la presencia en el entierro de personajes opuestos al virrey, conde de Baños, mostró el descontento que en contra de él existía. El sepelio fue presidido por el obispo de Puebla, electo de México y acompañado por un sinfín de

28 *Ibidem*, p. 42.



Fuerte norte de Mazatlán. Fot. E. V. L.

personalidades coloniales que demostraban la fuerza y la importancia de Castejón en la colonia.

A pesar del tiempo que había pasado en prisión, su catafalco fue lujoso en todo sentido y de él hizo descripción el escribano del rey, Gabriel López Aedo, en la siguiente forma:

Sería como entre las diez y once oras del día, poco más o menos, estando en el Combento Real del Señor Santo Domingo de ésta ciudad, en una sala dél que llaman 'De Profundis' vi muerto naturalmente, a lo que notoriamente paresía, a Don Francisco Castejón, castellano que fue de la Fuerza de San Juan de Ulúa, que doy fe, conosí en vida, el cual estava, en la sala tendido, en una cama, cuya madera paresía ser de granadillo, con bronze dorado colgado con una colgadura,



Cañón del fuerte norte de Mazatlán. Fot. E. V. L.

de damasco carmesí, y sus goteras de tela de brocado, y estaba el cuerpo bestido con calsones, que pareció ser de paño de olanda, de color de ala de mosca con oro y una ungarina de tersiopelo negro, asimesmo bordado de oro y una banda muy rica, de seda y plata, con su bolona de puntas de flandes y su espada, de plata que estaba tendida junto al cuerpo, y sus botas blancas y espuelas doradas, con su bastón de carey y remates de oro en la mano y a un lado del cuerpo sobre una almoadá un sombrero negro con sus plumas de color, y la cabeza tenía recostada, sobre dos almoadas de terciopelo carmesí y era tanta la gente y concurso que había. . .²⁹

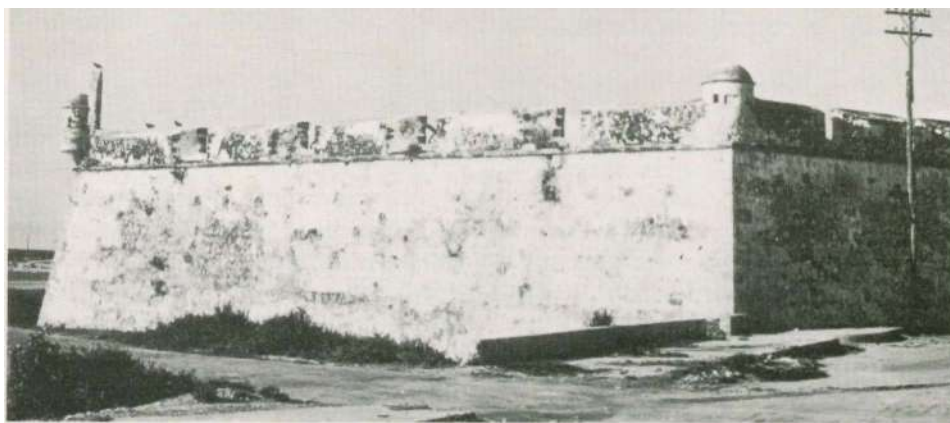
²⁹ *Ibidem*, p. 43-8 y nota 91.

Las reformas intensas proyectadas en el castillo veracruzano se debían a que sus posibilidades de defensa eran prácticamente nulas, sobre todo después de la experiencia habida a raíz del ataque del pirata Lorencillo, que desbarató la ciudad en ese año. El ingeniero Jaime Franck lo convirtió en una fortaleza moderna que terminó en 1692, a la vez que se terminaba la muralla de la ciudad puerto.

Pero no fue sólo Veracruz motivo de preocupación. La situación de la bahía de Términos, explotada por los piratas ingleses, había llegado al extremo de provocar una expedición organizada por el gobernador Alonso Felipe de Andrade, que emprendió la construcción de un fuerte en la isla del Carmen en 1717, con intención de poderse defender cuando los ingleses trataran de recuperar el territorio perdido. La extensión de la exploración de la selva, llevada a la laguna de Bacalar y a los ríos que la circundan, motivó la construcción del presidio San Felipe de Bacalar en 1723 y sobre éste se volvió en 1729. Para 1739 se reforzó y se le construyó un caballero que fue el único reducto de defensa en toda la zona.

Pero los esfuerzos hechos en la Nueva España no eran aislados, sino que correspondían a un verdadero mecanismo de defensa continental constituido por los castillos del Caribe y de Sudamérica.

Campeche, fuerte de San Miguel. Fot. E. V. L.





11. *Las presiones de la política europea en la defensa de la Nueva España*

La situación internacional nunca dejó de presionar en los problemas coloniales del imperio español que empezó a declinar desde 1640 bajo el reinado de Felipe IV, cuajado de guerras en contra de Flandes, Alemania, Italia y Francia, en las que, aun cuando hubo victorias, como la obtenida en el sitio de Breda, 1624, o en la de Nördlingen, 1643, el resultado general fue verdaderamente desastroso. Quizás se pueda atribuir a los propios esfuerzos españoles para mantener y defender el imperio a toda costa la razón de la decadencia general del país, pues la pérdida de la armonía de España con Inglaterra causó: el ataque de la flota inglesa de Carlos I en contra de Cádiz en 1624; la intervención de Francia en 1635 y su alianza con holandeses, suizos, italianos y protestantes alemanes; la ocupación del Rosellón y de la Cerdeña, aparte del ataque a Cataluña y, finalmente, la batalla de Rocroi en 1643, hechos todos ellos definitivos para determinar la caída imperial. La paz de Westfalia firmada en 1648 causó la victoria de los protestantes en Alemania, y Francia obtuvo el primer lugar, antes ocupado por España, entre los estados europeos. Pero todavía en el tratado con Holanda, firmado el mismo año en Münster, España reconoció a las Provincias Unidas la posesión de las colonias que los holandeses conquistaron en Asia. En 1658 Inglaterra contribuyó con Francia a la derrota española en la batalla naval de las Dunas y sus naves se apoderaron de Jamaica. No era de extrañar que, al final del siglo XVII, la corona española prefiriera construir un castillo en serio en San Juan, de acuerdo con los proyectos de Marcos Lucio, en vez de limitarse a remiendos, más o menos extensos, como lo aconsejaba Castejón.

Pero esas defensas, la historia lo demuestra, fueron poco útiles por fallar el planteamiento de la defensa en su base al no reparar en que los piratas, y todos los enemigos que pudieran llegar a la Nueva España, eran fuerzas marinas y que sus ataques tenían que comenzar con un desembarco, operación que nadie haría frente a un castillo. Contra esas naves y desembarcos el imperio español trató de contestar oponiendo castillos que no eran otra cosa que defensas terrestres junto al mar, destinadas a resistir un ejército, lo que no era precisamente la característica de los piratas. La iniciativa privada pudo haber resuelto el problema, pero a ésta no se acudió.

Pero los problemas españoles no habían terminado, y tampoco lo harían en mucho tiempo. Al cerrarse el siglo XVII y comenzar el XVIII vino a plantearse, por encima de todo, el delicado problema de la sucesión española, debido a la muerte del rey Carlos II, sin herederos a quienes dejar la corona, en noviembre de 1700. Esa herencia fue de suma importancia para las potencias marítimas de Europa y también para Francia y Austria.



Campeche, fuerte de San Pedro. Fot. E. V. L.

Francia e Inglaterra trataron de repartir el imperio de la corona española y desataron luchas diplomáticas de mucha intensidad que precedieron a la guerra. El difícil asunto se resolvió con los tratados de Utrecht en 1713 y con los de Rastadt, firmados en 1714 por Francia y España y por las potencias marítimas. De acuerdo con lo estipulado, Francia cedió a Inglaterra, Acadia, Terranova y otros territorios en Norteamérica, mientras Luis XIV conservó todas sus conquistas, además de que se reconociera a su nieto Felipe V (de Anjou) como rey de España. A la vez, España tuvo que ceder en una serie de concesiones que consistieron en la permanencia de Gibraltar en manos de ingleses que primero lo habían tomado, pero también Menorca y ventajas comerciales en América Latina. A Austria entregó sus provincias en los Países Bajos y las posesiones italiana. A Holanda le concedió ventajas comerciales en el Pacífico. La consecuencia de las concesiones y del cambio de dinastía de Habsburgos a Borbones con la llegada de Felipe V a España, fue que se reorganizara el imperio y que se insistiera también en la defensa de la Nueva España y del Caribe, pues a pesar de todo, se desconfiaba de los tratados y de las promesas hechas y se temía a los ingleses tanto como a los holandeses.

La incertidumbre política y la lógica desorganización en semejante cambio explica que los soldados del castillo de San Juan, la mayor defensa de la Nueva España, se sublevaran en 1715 por haber sido pagados con irregularidad durante los dos últimos años. Ellos se amotinaron y sacaron a las autoridades del fuerte.



Ante las circunstancias, el gobernador de Veracruz, Benavides, trató de fortificar los desfiladeros cercanos a la ciudad y planeó en 1739 la forma de cerrar el puerto mediante una cadena, además de preparar barcos con lastre, de tal manera que pudieran ser hundidos a la entrada del puerto en caso de peligro. Aunque el puerto veracruzano vivió en pie de guerra durante 1742, el ataque sobrevino por Acapulco.

12. *La nueva teoría defensiva: líneas elásticas*

De nuevo en 1763 España se vio comprometida en una guerra con Inglaterra, por los compromisos dinásticos franceses, y volvieron los preparativos cuando se fortificaron —después de la inspección de la región por el virrey marqués de Cruillas— Antón Lizardo, Alvarado, La Antigua, Tlacotalpan, y Tampico.

Con este ambiente de trasfondo sobrevino el estudio del conde de Aranda que, como asesor supremo de la corona en fortificaciones, mandó suspender en 1768 todos los proyectos y trabajos de fortificación costera para construir el castillo de Perote y concebir el proyecto de tres millones de pesos para hacer un nuevo castillo, de acuerdo con una maqueta fechada en 1786, a pesar de las protestas del virrey Bucareli.

Resulta, a la vista de tanta complicación, perfectamente lógica la preocupación continua por las costas y puertos de la Nueva España.

A la par que se preocuparon por Veracruz, que ya era parte de un sistema de defensa, se preocuparon también por el resto de la costa y, en 1747, se establecieron de manera permanente ciento setenta y cuatro hombres en el fuerte de la isla del Carmen y nueve años más tarde, en 1756, Gaspar de Courselle concibió nuevos planos para reformar la fortaleza, obra que se autorizó en 1759. También en 1756 se habían hecho los planos de reforma para Bacalar.

La tarea del siglo XVIII en el tema de la defensa de la Nueva España fue continua y en ella intervinieron ingenieros como Ponce y Santisteban, que intentaron proporcionar al puerto de Veracruz, murallas y baluarte que fueron invalidados más tarde por los dictámenes de Aranda, que prefería mantener las ciudades abiertas para no convertirlas en reductos de enemigos que se hicieran fuertes en ellas. Fue por ello que, al terminar el siglo XVIII, Veracruz sólo tuvo un simulacro de muralla.

Por otra parte, el islote de San Juan, sede permanente de un castillo iniciado por una torre y luego por un muro con argollas para el amarre de los buques, que remató en otra torre y que fue motivo de diversos proyectos de los ingenieros Antonelli y Marcos Lucio, finalmente adquirió la estructura de castillo después de las mejoras que le hizo el ingeniero alemán Jaime Franck en 1792, a pesar de las críticas acres que hizo su propio sobrestante, Manuel José de Cárdenas.



De hecho, el concepto de defensa había cambiado en el mundo durante el siglo y culminó con la intervención del cuerpo técnico de ingenieros militares, de nueva fundación, que concibió las reformas de castillos y fuertes en función de un plan general de defensa de la Nueva España.³⁰ Esas fueron las tareas de los ingenieros Antonio Ricardos, Miguel del Corral, del propio conde de Aranda, de Pedro Martín Cermeño y del conde O'Reilly.

Se concibieron como líneas de defensa marítima pero sus actividades eran terrestres: la del seno mexicano, la de Yucatán y la del Pacífico pero, a la vez, el concepto de defensas rígidas se cambió por el de las defensas elásticas y la línea del seno mexicano se apoyó en la construcción del castillo de San Carlos de Perote, construido en el reinado de Carlos III, en respuesta a la concepción estratégica de la época. Según el conde de Aranda, la fortificación amurallada de la ciudad veracruzana resultaba inútil por no poderse defender y lo mismo el castillo de San Juan de Ulúa que, a pesar de su perfeccionamiento técnico, no podía resistir al ser bloqueado por largo tiempo, debido a que no contaba con marina que lo comunicara con el puerto y tampoco tenía un punto de aprovisionamiento inmediato. Las defensas debían situarse en el interior del país a, por lo menos, tres jornadas de la costa donde comenzaba la zona montañosa. Ese tipo de fortificación, como la de San Carlos de Perote, significaba la existencia de un buen almacén para las mercaderías y, a la vez, un lugar para la reorganización de los ejércitos que desde la costa podían apoyarse en él. La situación de San Carlos también serviría para restar fuerza al enemigo, pues se le obligaba a combatir distanciado de la costa y de su punto de aprovisionamiento y desembarco.

En el golfo se intentó establecer baterías costeras, con el fin de articular sus fuegos con los del puerto, de manera que se integrara una primera línea de resistencia a cuya retaguardia estaría San Carlos de Perote. De todas maneras, San Juan de Ulúa formaba el núcleo principal de la fortificación, aun cuando su mayor apoyo era Perote, por lo decisiva que se suponía su actuación en un momento dado.

La segunda línea de la defensa costera era la de la península de Yucatán que, por sus costas bajas, ricas y extensas, fue motivo de ataque por bucaneros, que además explotaron las selvas del interior apoyados a mitad del siglo XVII como ya hemos visto por el establecimiento británico de Jamaica. Su punto principal que rivalizaba con Veracruz fue Campeche que, por la cantidad de ataques sufridos y por la intensidad que ellos tuvieron, fue dotado de un recinto amurallado con baluartes. Su lenta ejecución logró cerrar una planta hexagonal de plaza fortificada a comienzos del siglo XVII. La fortificación fue objeto de cooperación popular e institucional, pero no gubernamental. El puerto floreció a causa del tráfico maderero y por poseer los astilleros. Alrededor de esta plaza, y con motivo de los cambios de técnica del siglo

³⁰ *Ibidem*, p. XXIX-XXX.



xviii, se erigieron una serie de reductos y baterías costeras que trataron de articularla con la defensa del resto de la costa.

La defensa de Yucatán, además de Campeche, contaba con la construcción de otras dos fortalezas, la de la isla del Carmen, en la bahía de Términos y la de San Felipe de Bacalar. La primera, un fuerte de estacas que, al tratar de convertirlo en una fortaleza de fábrica al final del xviii, había perdido el objetivo de su existencia, porque desaparecieron los peligros de la penetración inglesa en el área.

El fuerte de San Felipe de Bacalar fue la segunda fortaleza, existente hoy en día, que fue construido de fábrica desde un principio por el mariscal Figueroa. A pesar de ello, y de estar instalado en un lugar estratégico, nunca sirvió para evitar la penetración de los ingleses, por su mínimo tamaño y por la eximia población militar que albergaba.

Por último, la ciudad de Mérida tuvo una ciudadela cuya finalidad principal fue defender a la población española de los ataques indígenas. Para el propósito se situó en el gran convento de San Francisco. Su puerto, Sisal, contó con un fuerte que tuvo un pequeño reducto, utilizado más tarde para establecer el faro.

Aparte, estuvo la línea del Pacífico que, en el tramo mexicano, apoyaba su defensa en el castillo de San Diego, desde el principio del siglo xvii. La fábrica primitiva fue destruida por un terremoto y se volvió a levantar en el último cuarto del siglo xviii. De hecho, ese castillo fue un centinela de la corona para vigilar el comercio que allí se entrecruzaba, pues las condiciones marítimas generales dificultaron sobremanera el acercamiento de los navegantes, que a vela intentarían el asalto.

13. Conclusión

La tranquilidad de la Nueva España fue breve después de su establecimiento. Otras naciones europeas, que no participaron en el reparto del continente americano, se lanzaron por su cuenta en pos de los productos que complementaron las necesidades de la economía europea. Pero, además hubo problemas políticos surgidos de la reforma y de la contrarreforma que lanzaron a los piratas franceses primero, e ingleses después, en un enfrentamiento político y económico contra las posesiones y la navegación española. La rivalidad naviera y colonial fue el resultado del periodo de guerras y de luchas que tuvo lugar en Europa y que buscó la forma de lograr un equilibrio, mediante posesiones o participaciones, en el exterior de sus propios límites.

Puertos, comercio y líneas de navegación fueron, así, pasto de esas rivalidades que dejaron huellas indelebles en las costas del nuevo continente pero, sobre todo, en las del mar Caribe que llevaron la peor parte.



España respondió tratando de organizar con mayor seguridad los viajes de las naves hacia las Indias, pues se habían convertido en el objetivo de la piratería del siglo XVI y para ello se montó un instrumento naviero jurídico y burocrático.

Aunque desde 1540 las naciones rivales de España se plantearon la necesidad de llegar al Lejano Oriente, ello no se logró hasta 1578, cuando el Golden Hind de Francis Drake efectuó su famoso viaje de tres años. Entretanto se había roto el monopolio de la defensa territorial de la Nueva España en el Caribe con la entrada de Hawkins en 1568. La importancia española frente a Inglaterra aparece al observarse la vuelta jurídica que se dio a los condenados que, por piratas, hubieron de juzgarse por razones religiosas.

Mientras los ingleses prefirieron atacar las líneas de alta mar en el Pacífico, los franceses los siguieron en el ataque a las costas mexicanas que iniciaron en 1571.

Los ingleses también se interesaron en obtener materias primas fundamentales para su industria, como lo prueban las penetraciones que llevaron a cabo en la isla del Carmen y en la laguna de Términos.

Holanda no tardó en hacer su aparición como la tercera potencia marítima en las aguas americanas. Van Noort con su ataque a Valparaíso y las Filipinas rompió el hielo en el Pacífico. Con su ataque a Campeche al año siguiente continuó la hazaña y en 1600 tuvo lugar la irrupción contra San Diego de Acapulco, efectuada por Joris van Spielberg. Los asaltos fueron sintomáticos hasta que, organizados y unidos por las rivalidades europeas, se aliaron ingleses y holandeses para bloquear las Filipinas a medida de que los franceses assolaban el Pacífico.

Los "privateers" en el siglo XVII, en función del enriquecimiento, se favorecieron a sí mismos y a sus coronas, sin que éstas tuvieran responsabilidad aparente en el asunto.

Pero el apresamiento del galeón Covadonga en Filipinas, por Anson en 1743, representó, de hecho, la pérdida del monopolio en la navegación española del océano Pacífico.

España no quedó inactiva ante la constante ofensiva de las naciones de Europa y de los "privateers", pero la reacción fue tardía. Se necesitaron dos graves incursiones en Tabasco y Campeche, lanzadas con diferencia de dos años, para que se lograra formalizar, con la toma de Jamaica en 1655, la oposición contra los piratas en su lugar de apoyo caribe. Años después, 1683, Lorencillo atacó Veracruz, pero a pesar de habersele perseguido con la armada volvió sobre sus pasos en Veracruz y en Campeche en 1685. Un ejemplo de lo difícil e improbable de la tarea que suponía perseguir los piratas, se encuentra en la expedición contra ellos dirigida por el marino Alonso de Eraso.

En tierra firme, la defensa hubo de hacerse, de manera muy especial, en el puerto *sine qua non* que era Veracruz. Después de fundado, hubo que encontrarle nuevo acomodo para que su función rindiera los frutos esperados. Villa Rica de la Veracruz se tuvo que ir a la Antigua y de allí a las Ventas de Buitrón.



A la par, la isla de San Juan de Ulúa se fue transformando, y partiendo de la torre con un muelle de argollas de 1554, construido para albergar las naves, se tuvieron que hacer cambios serios, obligados por los piratas y las tormentas. De ello resultó el término de la primera torre todavía inconclusa y la construcción de otra en el extremo opuesto de la muralla en 1584.

La readaptación de la defensa y la construcción de otras nuevas ocurrió en el siglo xvii, al tenerse en cuenta los nuevos sistemas defensivos que dirigieron ingenieros flamencos. Luego vinieron los franceses con más novedades en el siglo xviii, hasta que se terminó con las innovaciones producidas por Vauban que revolucionaron el arte militar.

El siglo xviii dio, después de los estudios de Antonelli, una mejor defensa en San Juan de Ulúa, proposiciones para que se construyera una muralla en torno al puerto jarocho, el plan de defensa fortificando Campeche y estableciendo el fuerte de San Benito, a la vez que por el lado Pacífico se erigió a los pocos años (1615) el fuerte de San Diego en Acapulco.

La mitad del siglo presenció el asentamiento de los piratas en la bahía de Términos y dos entradas tuvieron lugar en contra de Campeche. Ello decidió la construcción de la muralla campechana, ya propuesta, que se terminó en 1705 mientras en Veracruz se discutía sobre la posible reforma del castillo de San Juan en 1663. Jaime Franck lo convirtió en una fortaleza moderna en 1692, a la par que se construyó el fuerte de la isla del Carmen en 1717 pero, al retirarse los ingleses hacia la laguna de Bacalar, hubo que formar el inútil presidio de San Felipe (1723), único reducto de defensa en la zona.

Los esfuerzos de defensa de la Nueva España no respondieron sólo a un interés por la misma. Ellos fueron parte de esfuerzos mayores que se llevaron a cabo para formar una maquinaria militar defensiva superior que comprendía todo el Caribe y Sudamérica. Pero todo ello resulta poco efectivo si se piensa que se utilizaron defensas terrestres junto al mar en vez de establecerse fuerzas marítimas para luchar en contra de flotas.

Los problemas internacionales del siglo xviii fueron promotores del peligro e incitaron la preocupación de la defensa novohispana que se agravó al tener lugar el cambio de dinastía en 1700. A pesar de los tratados de Utrecht y de Rastadt en ninguna forma reinó la confianza. La inestabilidad produjo nuevas preocupaciones que mantuvieron al puerto veracruzano en pie de guerra hasta 1742, lo que llevó a fortificar áreas circundantes.

El siglo xviii apoyado en nueva experiencia militar y en estudios de Gaspar de Courselle, además de los dictámenes del conde de Aranda, cambió las tácticas de defensa y organizó las tres líneas defensivas de México. La del Seno Mexicano apoyada en Veracruz, la de Yucatán en Campeche, Mérida y Bacalar, y la del Pacífico en San Diego.



Además concibió como base de esas líneas el castillo de San Carlos en Perote, que se hubo de construir. Las líneas de defensa marítima fueron concebidas como líneas de repliegue que descansaron en San Carlos y ello cambió la estrategia de la técnica defensiva terrestre novohispana.